

Miércoles II de Cuaresma



28 de febrero de 2024

Jer 18, 18-20

Sal 30

Mt 20, 17-28

P. Eduardo Suanzes, msps

Este pasaje del Evangelio ocurre después del encuentro de Jesús con un hombre rico, al que propone que venda sus bienes y los reparta con los pobres, cosa a lo que el rico se niega. Ante esta negativa, Jesús proclama: « *¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!*»¹. Esta proclamación que hace incompatible el mundo de las riquezas con el Reino de Dios, causa gran sorpresa en los discípulos, pues en su cultura religiosa se había consagrado que los bienes son una bendición de Dios para las personas justas, que cumplen su voluntad. Entonces, si «los justos» no acceden al ámbito de Dios, ¿quién va a poder acceder a él?: « *¿Quién se podrá salvar?*»²

Pero también este trozo del Evangelio es continuación el pasaje de el de los viñadores que van a trabajar a la viña a distintas horas del día, en que se da a los que son últimos lo mismo que a los primeros.

La fijación mental-egoica en las cosas como necesarias o imprescindibles para La Vida y para «lograr» Vida, indica que no se ha comprendido la dinámica diferente de lo que es el Reino de Dios, el ámbito, precisamente del desprendimiento de las cosas. Los discípulos están simbolizando a las personas que piensan que el «mundo de Dios», o el «ámbito del Reino» es como el ámbito de este mundo, solo que mejorado o corregido. Y así imaginan que la obra de Jesús va a consistir en «dar la vuelta a la tortilla», de modo que los que antes estaban abajo pasen a estar arriba y los que estaban arriba pasen a estar abajo. Es lo que la mayor parte de los «cambios» sociales, revolucionarios o no, han propugnado y conseguido: un cambio de protagonistas, pero no de mundo y de modo de vida. Jesús está proponiendo no un mero «cambio de situación», sino un cambio radical «de vida», de forma de vivir, de relacionarse, de estar y ser en el mundo. Propugna el desprendimiento de todo lo que estorbe a la realización del amor y de la entrega generosa de unos a otros; propugna una desaparición del dominio (por muy justiciero o benefactor que parezca) para ser sustituido por el servicio desprendido, como bien quedó remachado en el capítulo anterior, cuando pide que dejen a esos últimos (los chiquillos) que se acerquen a él y propone a todos que se hagan «últimos», pues «*el Reino de Dios pertenece a los que **son** como ellos*»³

Pero las resistencias del ego a abajarse, a «perder», y a hacerse «servicio», siguen vivas y aferradas a la voluntad y al afán no sólo de supervivencia, sino también de dominio. Por ello, Jesús hace su «Tercer anuncio de la Pasión», indicando cuál es el camino que él propone y que él está viviendo: el de la entrega radical, aunque implique la entrega de la propia vida.

Jesús camina no hacia la muerte, sino hacia la Vida («resucitará»), pero ese camino de Vida implica la entrega, incluso de la propia vida. Para que La Vida fluya hay que «morir» a muchas cosas que, precisamente impiden que La Vida fluya.

¹ 19,23

² 19,25

³ 19,15

Esta *anomalía* es como una alarma que resopla enseguida en la mente egoica, que se resiste de entrada a meterse en esa «aventura». «—¿Qué beneficio voy a obtener para mí (y los míos) si me enrolo en una causa de amor-ayuda-entrega a personas que ni conozco, que no sé cómo van a responderme, que no sé a qué complicaciones me van a arrastrar, que puede llegar a costarme un dinero-bienes que me han costado mucho lograr? ¿He de sacrificarme yo o lo mío para que esta otra persona (y no yo o los míos) esté mejor, pueda comer, o sus derechos no sean pisoteados? ¿Por qué he de darme si yo no obtengo nada, salvo tal vez un ligero sentimiento de placer egoico dimanante del orgullo sutil o presunción de sentirme una «buena persona»? (sí, dirá la mente egoica, pero con ese orgullito «no se come»).

Es necesario para Jesús llevarse aparte y enseñarles. Deben hacerse servidores, últimos, hasta dar la vida como él hará. Jesús propone un camino «claro», unas actitudes-disposiciones «claras», una ética «clara», de modo que a nadie mínimamente bien intencionado que se acerque a sus propuestas se le escapa de qué van esas propuestas. No hay trampa ni cartón en la propuesta de Vida de Jesús: «vive sirviendo, saliendo de ti, amando a quien sea... para que la vida fluya; eso cuesta, incluso mucho, pero es el camino de La Vida». Es cierto que eso del amor puede sonar a algo inmaterial etéreo, etc., pero toda persona sabe «prácticamente» de qué va y de qué no va eso del amor, de cuándo se realiza y cuándo no, de cuándo la vida fluye o cuándo la vida es apagada.

Pero a pesar de esta proclamación tan solemne de Jesús, las resistencias del ego a renunciar al rango y abajarse hasta el servicio, se mantienen firmes en los Doce. Primero, Santiago y Juan, encabezados por su madre, no aceptan la propuesta de Jesús y acercándose con reverencias (o postrándose ante él), como si Jesús fuera un «alter ego» de sus mentes egóicas con ansias de poder y dominio, le piden entrar en su círculo íntimo de poder sobre el resto del mundo que se dará cuando instaure su reino al llegar a Jerusalén. No tienen ojos para otra cosa; nada más que han entendido lo de ir a Jerusalén, pero se les escapa lo evidente de la proclamación de Jesús: el camino es la cruz. El cáliz, la copa, el trago, de Jesús del que Jesús habla es como una expresión simbólica del compromiso con la causa de Dios, con la causa del Amor y que va a llevar hasta el final. Y este es un camino de Vida, pues es el camino de Dios-Amor⁴.

La respuesta didáctica de Jesús no podría ser otra que la que da: «No sabéis lo que pedís». O, podría decirse: no estáis entendiendo que el amor implica un «salirse» de sí mismos, no un «guardarse» cada cual para sí.

Pero, como decimos, no solo los «dos» (Santiago y Juan) no han comprendido la propuesta de Jesús, sino que los otros «diez», tampoco. Jesús les previene contra la división que se evitará si logran entender y hacer suya su propuesta. El dominio y el poder de los jefes y grandes del mundo están desterrados de la comunidad mesiánica. La grandeza o la primacía no son consecuencia del dominio, sino del servicio. Jesús va a demostrar su realeza dando su vida para liberar a los hombres; aquel cuyo servicio se parece más al de Jesús es el que está más cerca de ese rey y ocupa el primer puesto en su comunidad. Él mismo se pone por modelo. La realización de «el Hombre» no se verifica porque someta a otros y sea servido por ellos, sino porque él mismo sirve dando su vida en ese servicio. Vuelve a aparecer la segunda condición del seguimiento: «*cargar con la cruz*»⁵. El fruto de este servicio y muerte es liberador para la humanidad.

⁴ Por eso, en la última cena, al tomar el cáliz, dirá que ese «cáliz es su sangre», es decir, su vida (la sangre es la sede de la vida en la mentalidad judía), toda entregada, donada hasta la muerte.

⁵ Cfr. 16,24